

à no haber oido de vuestros lãbios las dulces palabras que acabais de proferir.

—Pero, ¿ese secreto?..... repuso el caballero moro impaciente y tratando de incorporarse de un todo sobre la mullida cama.

—Os lo diré, señor. En el momento de caer cautivo en manos de los cristianos creí que á semejanza nuestra me arrojarían aherrojado en el fondo de una mazmorra; mas no fué así, la suerte me deparó la casa de un noble caballero pariente cercano del rey de los Astúres. Me trataban todos en la casa con suavidad, con dulzura, y este tratamiento lo confieso francamente, me hubiera hecho renegar de mis creencias si una circunstancia imprevista no hubiera venido à sostenerme contra mi necia debilidad. Una noche me hallaba paseándome en los grandes patios del palacio de mi cristiano señor, cuando oí una voz mas dulce que el almibar que, pronunciaba mi nombre: mi vista recorrió à vida todo el espacio que me rodeaba y no distinguí à mí al rededor mas que las sombras de los centinelas que lanza en mano, velaban por la vida y quietud de su señor. Todavía sonaba en mi oido el eco fascinador de aquella voz que me llamara, cuando un guerrero cristiano cruzó por donde yo me hallaba y reparándome unos momentos, se me acercó; puso su férrea mano sobre mi hombro y con voz de trueno me dijo: «Moro! ¿qué haces aquí?» turbado y sobrecogido con aquella brusca pregunta le contesté que, habia salido para respirar el perfumado ambiente que por allí vagaba; y el guerrero con rostro severo, mirada torva y estendiendo su dedo índice hacia la entrada del palacio «Retiraos, me dijo, y que sea esta la primera y última vez que, os vea à tales horas de la noche.» A semejante insinuación bajé la cabeza y con paso acelerado me perdí por los arcos interiores del palacio.

¡Qué noche, mi buen señor, qué noche!! multitud

de fantasmas invadian mi mente una tras otra, sin poderme dar cuenta á mi mismo de semejante ocurrencia. ¿Qué voz era aquella que me llamaba en tales sitios por mi verdadero nombre de moro? seria la de alguna mora que como yo se hallaría cautiva? pero ¿cómo hasta entonces no me habia conocido? quien era y en donde se hallaba? estaria presa y cargada de cadenas tal vez en aquel palacio que tan humanamente se trataba à los cautivos? no; ¡era imposible! allí la crueldad no se conocia y los hierros de la esclavitud eran de flores. Mi cabeza se ardia y el sueño huyó de mis ojos!.....

A la mañana siguiente salí al romper el alba á pasearme por las almenas del palacio y el ambiente puro y fresco de la madrugada disipó las negras tintas que à mi mente oscurecian: al retirarme al interior del suntuoso palacio para llenar las obligaciones que desde mi entrada me estaban prescritas se me acercó una encubierta dama y alargándome la mano con disimulo dejó en una de las mias un billete, y con voz apenas inteligible me dijo «¡silencio! la contestacion mañana en este mismo sitio y á esta misma hora» y dejándome frio como la muerte con tan inesperado lance, desapareció como una sombra vaporosa, aèrea por las interioridades del vasto edificio. Con la cabeza inclinada sobre el pecho y apretando convulsivamente el billete entre mis dedos me dirijí á largos pasos hacia mi humilde retiro: el corazon me palpitaba horrorosamente y por un secreto instinto que sentia en los pliegues de mi alma, no me atrevía á abrir aquel fatídico billete. En fin, mi amado señor; libre ya de las alarmantes y contrarias ideas que sin cesar habian asaltado mi mente, é impélido por una especie de vértigo inesplicable, abrí mi mano y contéplé aquel estrujado papel que tan terriblemente lá abrasaba: lo abrí sin vacilar y mis ávidos ojos recorrieron las líneas siguientes. «Reduan: grata sorpresa me ha causado

»tu encuentro: te lloré perdido y ahora vuelvo à verte  
»otra vez y quizá para no separarnos jamás qué alegría!

«Sé qué te hallas cautivo; no temas, yo tambien  
»lo fuí en un tiempo no muy lejano, pero ahora soy  
»libre, en estremo considerada aquí y todo por haberme  
»hecho cristiana. Te amo siempre estraordinariamente;  
»siempre soy la misma; tu apasionada amante Cobaida.

«Nuestra separacion no ha entibiado en nada mi  
»ardorosa pasion hàcia tí? ¿acaso tú, mi fiel y poético  
»Reduan, habràs olvidado à la que tanto un dia ido-  
»latrabas? podré dar crédito à semejante figuracion?  
»¡Ah! no: es imposible; tan imposible como escalar el  
»cielo!

»Varios cristianos me obsequian; nada escasean para  
»interesarme en su favor, pero yo mi querido Reduan,  
»les miró à todos con indiferencia. A un moro  
»amé, à un moro amo y tengo grandísimas esperanzas  
»de hacerlo abandonar las falaces creencias de Mahoma,  
»y que abrace como yo el cristianismo, para seguir  
»amándole y para ser suya ¿lo entiendes, Reduan?  
»suya para siempre. Empero lo mismo que el lucero  
»de la mañana reina solo en el firmamento hasta que  
»el sol desplega su manto de fuego y oro, así quiero  
»y espero reinar en el corazon de ese moro.

»¿Saldràn fallidas mis esperanzas? mis ilusiones se-  
»rán como el humo desvanecidos? ¡Ah! si así fuese mo-  
»riría de pesar.—Cobaida.»

Esto fué mi buen señor lo que contenia aquel mal-  
hadado papel. Recordába perfectamente à la que así  
me escribía, y la llaga que yo creía ya cicatrizada en  
mi corazon se abria dolorosa y estraordinariamente  
al contacto de aquel papel. Mi frente se abrasaba; la  
respiracion me era cada vez más penosa y creía des-  
fallecer. La mujer que en tan mal hora encontraba  
había sido mi primero y único amor: me había sido  
arrebataado por una mano cristiana hacia ya algun  
tiempo y yo la lloré perdida enteramente. Mi mano

estrujaba sin compasion el billete, mil ideas cruzaban por mi mente atormentándola con su paso de fuego y en aquellos instantes no era dueño de mi mismo. Por último, pude tranquilizarme y luchando mi amor y mi exaltacion religiosa, tomé la pluma y tracé aceleradamente los renglones siguientes:

«Cobaida: ¡Te he perdido para siempre! has abandonado las creencias de tus padres y las de tu querido amante como le llamas, y aquellos y este, sin compasion te abandonan y te maldicen. Un corazón tan débil y tan versatil es digno del mayor desprecio. ¡Cuan mal te juzgaba en algun tiempo! te creia firme constante y decidida en nuestra religion y afectaciones ¡que engaño! que perfidia!!!!

«Tu Reduan, como tú dices, te desprecia altamente si persistes en tus nuevas ideas: mas si vuelves, mi bella Cobaida, á tus antiguas creencias, seré siempre el mismo, siempre tu leal y constante.—Reduan.»

Este billete, mi buen señor, se lo entregué al otro dia en el mismo sitio que ella me entregara el suyo. Un espeso velo cubria su rostro como la vez primera y no pude observarla: despues cruzó por mi mente un rápido pensamiento ¿será ella? me decia cogiéndome la cabeza entre mis manos; ¿si habré sido juguete de alguna aventurera que me conozca y querrá divertirse á mi costa, ó quizá perderme? Será posible que mi bella Cobaida haya tan repentinamente renegado de su religion, y de su amor? Será posible, si es ella, qué haya pensado siquiera que yo, Reduan, sea tan débil y tan inícuo como ella? ¡Ah! qué martirio!!.. mis ideas se perdian, mi cabeza calenturienta se estraviaba y creí volverme loco.

Una cabeza asomó silenciosamente por la puerta del gabinete y el enfermo hizo un signo á Reduan y este guardó silencio: la cabeza adelantó y se presentó el cuerpo á quien servia de adorno. Era un gallardo jóven de diez y ocho años á lo sumo; llevaba con gracia y

soltura un elegante traje moro; se acercó pausadamente á la cama, Reduan se levantó precipitadamente al verlo y le hizo profundas reverencias.

—¿Duerme? preguntó el recién llegado.

—No, mi amado primo, contestó el enfermo.

—¿Y qué tal; cómo os encontrais? os sentís bien? añadió aquel, sentándose en unos almohadones que un esclavo acercó á la cama.

—Bien, querido primo, bien: este Reduan es un pozo de ciencia médica y espero dentro de poco hallarme enteramente bueno.

—¿Y cómo os ha sucedido este lance, mi amado primo? habeis guardado sobre él un profundo silencio, y á no ser por un esclavo mio que se hallaba á la sazón en este palacio cuando ocurrió tan desagradable suceso, lo ignoraría como lo ignora todo el mundo: contádmelo Albayaldos, contádmelo y vereis pronta á mi cimitarra salir de su vaina para vengaros.

—Gracias, generoso primo, gracias. El ladrón que me ha herido, ha desaparecido y será cosa de todo punto imposible el encontrarle.

—¿Con qué ha sido un ladrón?

—Así lo creo, porque me pedía una crecida suma de dinero.

—¿Y se lo disteis?

—No: porque á las primeras de cambio se arrojó sobre mí y me clavo su puñal en el pecho. Juraría que era un loco.

—Efectivamente que así debe ser; porque de otro modo parece imposible que un hombre que esté en su sano juicio tenga valor para venir á robaros en medio de vuestros criados, y en el interior de vuestro palacio.

—Eso es, primo mio; era un loco; no me cabe duda.

Dejaremos por ahora este gabinete con los personajes que en él se encuentran y nos incorporaremos con los que dejamos marchando hácia la calle del Renegado.

—Aquí, mi buen Aliatar, dijo Mahomad al anciano aragonés, entrando por una galería subterránea; podreis estar oculto á los ojos de vuestros perseguidores. No temais nada por vuestras hijas. Esperanza y Consolacion, porque yo, mientras permanezcais oculto, las serviré de padre. Tú, hermosa Abigail, consuela á tu desgraciado padre, y haz de modo que no le sea tan pesado el yugo del encarcelamiento.

—Descuidad, mi segundo y venerado padre. Contestó con una modestia y gracia encantadoras la hermosa nifia.

—Bien, querida, bien yo me marchó en este instante á vuestra casa para acompañar á tus hermanitas y poder prestarlas todo el apoyo y proteccion que tan imperiosamente necesitan en estas terribles circunstancias. Hizo un saludo afectuoso al anciano que se hallaba de rodillas delante de un altar con la cabeza inclinada, las manos cruzadas y los ojos fijos en los dibujos de la alfombra que cubria la tarima: dió un beso en la frente á la encantadora Julia y salió precipitadamente de la capilla.

—Julia: dijo el anciano á su hija despues que Mahomad habia salido: prostérnate á mi lado y oremos juntos . . . . .



## CAPÍTULO II.

---



los dos días de los acontecimientos que toscamente hemos reseñado, se presentó un árabe ya entrado en años en la casita del anciano aragonés. En esta no se hallaban mas que las dos hijas mayores del anciano y por lo tanto fueron las que lo recibieron.

—El cielo os guarde, hermosas jóvenes, dijo el árabe saludando afablemente á Esperanza y Consolacion.

—Y á vos también, caballero, contestaron las dos hermanas.

—¿Y vuestro anciano padre está visible?

Las jóvenes cambiaron rápidamente una mirada, y ambos á dos se hallaron sin saber qué contestar. El árabe al ver su perplejidad se encargó de desvanecerla, con una franca sonrisa tomando al mismo tiempo asiento les dijo:

—No temais nada, bellas jóvenes: mi presencia en

vuestra casa viene á devolveros la tranquilidad y sosiego que, hace cuarenta y ocho horas habeis perdido. No os sorprendais ni me negueis lo que sé tambien como vosotras: os repito que os tranquiliceis; avisad á vuestro padre que un hombre que lo estima desea hablarle.

Pero, caballero, quién sois y por qué quereis ver á mi padre? articuló Esperanza casi sin saber lo que decia.

— Hermosa niña, estais bastante alterada aun con el suceso que hace cuarenta y ocho horas ocurrió á vuestro padre, y quereis, estoy segurísimo, ocultárselo á todo el mundo; haceis muy bien. Presumo que vuestro anciano padre se encuentra ya muy lejos de aquí y eso mismo es lo que me contrista? Tendré pues que haceros dueña del secreto que se me ha confiado para que no receis de mí? Habeis de saber que el personage que por poco baja á la tumba víctima de los terribles golpes del puñal de vuestro padre, me envia para que os diga que le perdona, y que viva tranquilo al lado de sus hijas.

— ¡Ah, caballero! ¿qué es lo que decis? preguntaron á la vez las dos jóvenes.

— La verdad, niñas hermosas, la verdad. Mi amo y señor se encuentra ya casi bueno, y os ama demasiado para poder haceros daño: yo lo he visto nacer y se ha criado en mis brazos y leo en lo mas oscuro de su alma sus mas imperceptibles pensamientos; es un jóven rico, poderoso, de sangre real, con un corazón en extremo generoso y os ofrece su perdon y lo que es mas aun, su proteccion y su amistad. Decírcelo así á vuestro padre; y decidle tambien que el hombre que aquí ha venido á consolaros en nombre de su amo se llama.... no bellas jóvenes, no puedo decíroslo, pero en cambio os diré mi nombre árabe; me llamo, Reduan. Quedad con Dios.

El árabe salió y las dos hermanas se quedaron unos momentos mirando por donde habia desaparecido:

después ímpelidas puede decirse por un movimiento eléctrico se levantaron y sin pronunciar palabra se abrazaron. Abundantes lágrimas corrían por sus mejillas, dando así salida à la emoción que las ahogaba; salvado! salvado! decían; se separaban, volvían abrazarse y cualquiera que las hubiera observado las habria compadecido creyéndolas dos locas.

Por fin se serenaron: cubriéronse el rostro con densos velos y á pasos agigantados se dirigieron á la calle del Renegado.

Bueno será que demos una idea aunque pàlida á nuestros lectores, del sitio en donde tenían establecida los pocos cristianos que se hallaban en Sevilla en época tan calamitosa, la capilla en que ejecutaban las santas ceremonias de nuestra imperecedera religion cristiana.

En una pequeña y oscura tienda que poseía un español cristiano, compuesta de turbantes, chinelas, fajas morunas, chales, galones dorados y algunas frutas como dátiles y manzanas de Berbería, y cuyo cristiano allá en otro tiempo fué cautivo, habia en la trastienda y en uno de sus ángulos una perfecta y disimulada compuerta sobre el pavimento, la cual se abria tocando un resorte que se hallaba en la pared figurando el pedestal fijo de una enorme candileja.

Abierta la citada compuerta sin percibirse el menor ruido, se dejaba ver una estrecha y profunda abertura cuyo fondo se perdía en la oscuridad: una escalera de caracol se distinguía à duras penas despues de haber contemplado por algunos instantes aquella negra boca. Nosotros que sabemos perfectamente el camino y à donde conduce este, tomaremos al lector de la mano y le serviremos de guía en tan lóbrego, como intrincado dédalo subterráneo. Bajemos, pues la escalerita y nos encontraremos en una estrecha y larga galería que no podía andarla mas que una persona de frente y con la cabeza un poco inclinada, pues su elevacion no tendria mas que unos cuatro y medio piés escasos:

de trecho en trecho habia luces colocadas en el interior de humanas calaveras, de manera que la luz que trasmitian á la galería era opaca y amarillenta: estas calaveras estaban incrustadas en las paredes y no podia menos de sentirse una profunda y triste sensacion al ser alumbrados tan débilmente por aquellos restos humanos, pues parecia que en sus bocas retozaba una risa burlona, sepulcral y terrible, y sus ojos desmesuradamente abiertos al oscilar de la luz, miraban de un modo extraño é inesplicable:

La galería terminaba por fin y en su remate habia un esqueleto humano perfectamente colocado su brazo derecho estendido y con el dedo índice descarnado señalaba á la tierra, pareciendo indicar que está es el término de nuestra carrera, y que ella se abre hambrienta para tragarnos. ¡Todo denotaba allí la muerte! la nada! lo que somos!!!....

Concluida de inspeccionar esta galería no se encontraba puerta, ni indicios de ella, el ojo mas perspicaz no habria encontrado nada que le indicara que aquel subterráneo seguia: ¿y como lo habia de encontrar si en el fin de la galería se hallaba el esqueleto recostado en la pared? ¿que precauciones tenian que tomar los pobres cristianos para no ser sorprendidos en sus religiosas tareas!

En la calavera que se hallaba con su luz correspondiente al lado del esqueleto, se hallaba otro resorte enterrado en la pared y cubierto con un pedazo de barro gredoso; quitada esta masa de greda se descubria el resorte; se apretaba hacia adentro y se abria instantáneamente una puertecita debajo de él de una vara de elevacion por media de ancha. Se entraba á gatas puede decirse por esta puerta especie de ratonera, y se volvia uno á encontrar en otra galería igual á la que dejaba á la espalda: el número de calaveras y de luces y su colocacion era tan idéntico y su esqueleto tan parecido que á primera vista se creía uno hallarse

en la primera galería; se ejecutaba la misma operación de la greda y el resorte y despues de entrar por otra ratonera igual á la ya descrita, se hallaba uno en una espaciosa capilla compuesta de un altar, un púlpito al lado del evangelio y dos confesonarios colocados en los dos costados de la capilla: una lámpara bastante grande é ingeniosamente compuesta de huesos humanos, alimentaba una luz capaz de iluminar ella sola aquella triste y santa mansion: algunos cuadros colocados en las desnudas paredes eran los únicos muebles que decoraban aquel sagrado recinto. Detrás del altar habia un pequeño sitio en donde se vestian los sacerdotes y se guardaban las alhajas y ornamentos sagrados: á un lado de uno de los confesonarios habia otro resorte ocultando una salida para en caso de ser sorprendidos por donde nosotros hemos entrado, servirles de punto de escape, y cuya salida daba al extremo opuesto de la manzana, y á la tienda de otro cristiano español.

Aquí en esta capilla es en donde tenemos escondido al anciano aragonés y á su hija Julia, y á donde se dirigian sus otras dos hijas Esperanza y Consolacion. — ¡Qué tragos tan amargos tiene que soportar en su fugaz vida el hombre desgraciado! como lo persigue sin cesar el fantasma de la amargura ¡qué efímeros y transitorios son los momentos de la felicidad! Héme aquí, hija mia, con sesenta años cumplidos, víctima de la desgracia y de la desesperacion ¡ni aun me es dado reposar tranquilamente en vuestros brazos rodeado de vuestras caricias!... ¡Ay hija mia! cuántos padecimientos os estan reservados en esta vida miserable sin que á mi me sea dado hacérslos mas llevaderos!!.. Dios mio! Dios mio! tened piedad de estas débiles criaturas que todavía niñas se quedan sin amparo! descarga sobre mi cabeza todo tu rigor, toda tu justicia y guarda para mis pobres hijas toda tu bondad, padre misericordioso!!!.....

El anciano fué interrumpido en su fervorosa oracion por el ruido que hicieron sus dos hijas al entrar en la capilla: corrieron hacia su anciano padre radiantes de alegría, con los brazos abiertos y olvidando con sus demostraciones por unos momentos el sitio en que se hallaban.

— ¡Padre mio, padre mio! estais salvo! y ambas a dos cayeron en sus brazos y luego en los de su hermanita Julia. El anciano las besaba y la estrechaba indistintamente contra su corazon. Gruesas lágrimas corrian por sus arrugadas mejillas parándose en cada una de sus arrugas, y precipitándose luego para esconderse en los virginales y torneados cuellos de sus hijas que sin cesar le abrazaban, y cuyas cabezas hermosísimas descansaban asfixiadas de emocion sobre los hombros de su padre. ¡Qué cuadro tan encantador! tan poético! tan sublime! verdaderamente era una escena original y que por trasladarla al lienzo hubiera dado la mitad de su vida cualquiera pintor. El sitio santo en que pasaba; la oscuridad glacial y triste que reinaba en él; la presencia noble y dulce a la par del anciano; la hermosura, alegría y ternura de sus tres encantadoras y bellas hijas; todo; todo hacia un conjunto magnífico, admirable y digno de no quedar en el olvido. Muchos, muchísimos cuadros hemos visto en los principales museos de Europa, debidos todos ellos a pinceles celeberrimos, pero ninguno que represente una escena semejante....

— Ya estais salvo, padre mio: exclamó Esperanza.

— Pero, salvo ¿cómo? porque estoy aquí! preguntó el anciano mirándola atentamente al rostro.

— No, padre mio; aunque esteis fuera de aquí.

— Explicáte, Esperanza, la interrumpió Julia.

— Hace unos momentos, padre mio, que llegó á casa un árabe ya entrado en años, vestido con alguna elegancia, con barba luenga gris y con rostro y andar graves. Con una amabilidad circunspecta nos preguntó por vos y nosotras no sabíamos que contestarle, cuando nos dijo, «lo sé todo; no me oculteis,

pues, nada; vuestro padre se halla tal vez fugitivo, pero decidle, si es así, que la persona á quien ha herido le perdona, y no quiere por lo tanto hacerle ningún daño. Que vuelva á vuestro lado y que nada recele, pues le habla un noble, y un noble es incapaz de mentir.» Y loca de contento se arrojó otra vez en los brazos de su padre.

—Pero ¿y si es un lazo, Esperanza?... dijo el anciano receloso y clavando en su hija los ojos de una manera tenaz.

—No, padre mio; no es ningún lazo; os lo aseguro. Aquel rostro venerable y severo, aquel modo de expresarse del árabe desconocido, me dicen que hablaba la verdad. ¡Ah! se me olvidaba! me dijo que si dudabais de sus palabras que os dijera su nombre; se llama Reduan.

—Ahora te creo, hija mia, estoy salvo.

Apenas el anciano pronunció estas palabras, las tres hijas lo abrazaron con filial efusion, el anciano las correspondia lloroso aunque alegre en extremo: después de unos momentos les dijo:

—Hijas mias, demos gracias á Dios por la protección que nos concede.

Todos cuatro se pusieron de rodillas y oraron largo rato. Ya se preparaban á abandonar el sagrado recinto, cuando apareció el moro Mahomad.

—Venís á tiempo, mi venerable Mahomad: sabed que estoy libre y que puedo ya volver al lado de mis queridas hijas.

—Lo sé, mi buen Aliatar; y eso mismo venia á deciros. Salgamos pues de aquí, y en casa hablaremos.

Mahomad salió y todos le siguieron; á los pocos momentos se hallaban en la casa del anciano, y allí, en completa libertad, se sucedieron por largo rato los trasportes de alegría. Mahomad sentia una emocion dulce y consoladora á la vista de una escena tan tierna.

—¡Qué almas tan bellas! exclamó sin interrumpir-

los: ¡qué padre y qué hijas! decididamente son las personas mas buenas que yo he conocido; y sin embargo el maldito Satanás viene à interrumpir tanta dicha de vez en cuando: mas sus tiros son instantaneamente rechazados.

—Y bien, mi querido Mahomad: dijo el anciano al encontrarse libre de las espresivas y filiales demostraciones de sus hijas ¿cómo sabeis que he sido perdonado?

—Os lo diré, mi buen Aliatar. Hacia pocos instantes que me habia separado de vuestras hijas Esperanza y Consolacion, cuando se presentó en mi casa en donde yo acababa de entrar, nuestro buen amigo el doctor Reduan: me manifestó que habia sido encargado por la persona à quien habíais herido, para que os dijera que os perdonaba y que no tuvieseis ningun cuidado por vuestro atentado; que os apreciaba demasiado para poder ofenderos, y que por lo tanto que os tranquilizáseis y no abandonáseis à vuestras hijas à la caridad pública y à los peligros que son consiguientes al hallarse sin vuestro apoyo paternal.

—¡Qué corazon tan noble, Mahomad! exclamó el anciano asomando al mismo tiempo dos gruesas lágrimas à sus ojos; ¡qué lástima que sea un moro!!

—Reduan dudaba que dierais crédito à vuestras hijas, porque podríais creer que sus palabras fuesen hijas del mucho afecto que os profesan, y que habrian sido engañadas por alguna persona que os odiase y quisiese así atraeros à vuestra casa para entregaros en manos de vuestro enemigo. Por eso se dirijió à mi casa y me encargó pasase à vuestro lado para confirmar el dicho de vuestras hijas.

—En efecto, mi querido Mahomad, que se me ocurrió todo lo que se presumió Reduan, pero este ¿cómo conoce al árabe que yo he maltratado?

—Muy facilmente. Sabeis que Reduan es un médico consumado, y por lo visto ha sido llamado por el herido para que lo cure.

—Es verdad: lo creen árabe.

—¿Pues acaso no lo és?

—Me he equivocado mi buen Mahomad; he querido decir que lo creen árabe puro.

La conversacion se hizo cada vez mas pálida, por lo que dejaremos descansar por ahora à esta familia; volviendo al palacio de la Plaza de Yacub-Yusuf.

A la hora en que penetramos en el mismo gabinete en que ya hemos estado otra vez y en el que vimos al jóven caballero moro enfermo y al doctor Reduan, encontramos casualmente à estos mismos personajes. El primero, ó sea el jóven enfermo, se hallaba muellemente recostado en unos mullidos almohadones de damasco blanco, y el segundo, esto es, Reduan, sentado en otros encarnados al lado derecho del enfermo.

—Como habia previsto, mi jóven señor, dijo el doctor, el anciano cristiano habia huido de su casa, evadiendo de ese modo el golpe fatal que creia le amenazaba.

—Pero tú, mi buen Reduan, les habrás tranquilizado y hecho entender que perdono al anciano, y que no quiero tomar ninguna venganza de él ¿no es así?

—Así es, señor. Les di toda clase de seguridades y últimamente les dije que erais noble, y un noble se porta siempre como quien es, es decir, perdonando à quien le ofende.

—Y has hecho bien, Reduan: porque, aunque yo no amase á esa jóven, causa de mis males, nunca habria tomado ninguna determinacion contra su padre: soy entusiasta por los hombres valientes, y te confieso, Reduan, que ese hombre lo es; ¡oh! cuánto daria por interesarle.

—¿Tanto lo deseais, señor?

—¿Que si lo deseo me preguntas! mira, Reduan: si yo consiguiera que la hermosa Abigail me amase, me haria cristiano; ¡qué me importa abandonar las creencias de mis antepasados! nada: sea yo feliz y lo demas me importa un bledo.

—Pues bien, mi amo y señor; ya que tan decidido estais á arrostrarlo todo por esa muger, os advierto que yo puedo proporcionaros el medio de introducirlos en su casa como lo teníamos pensado: dentro de algunos dias estareis ya completamente bueno y yo habré concluido de arreglar nuestro plan.

—¡Oh, Reduan! cuánto te amo! exclamó el caballero alargándole los brazos; el doctor le besó una mano. ¿Y tú crees, Reduan, que ella llegue á amarme?

—Eso dependerá, señor, de vuestra asiduidad en servirle y obsequiarla. Estudiad primeramente sus inclinaciones y sus gustos, y despues podeis marchar sobre seguro. Anticiparos á sus pensamientos, adivinárselos y ejecutarlos antes que sus lábios los hayan proferido: mostraros partidario acérrimo de lo que ella áme y de lo que odie: no la contradigais en lo mas mínimo y cuidad sobre todo de sus objetos. Si en alguna conversacion se hablase de flores, de dijes ó juguetes por el estilo, os apresurareis á buscar la flor ó el objeto que haya dicho la gusta, y secretamente se lo poneis en su tocador ó en la parte mas visible de su gabinete: ella irremediamente notará vuestra asiduidad en obsequiarla y se irá fijando en vos insensiblemente: os principiará á distinguir en las cosas mas imperceptibles, y concluirá por amaros con pasion. No la habéis de ninguna otra muger; en su presencia no alabéis á otra, porque la disgustareis; no os mostreis celoso con ella aunque conozcais que ya os ama, porque lo que mas odian las mugeres es que de ellas se tenga desconfianza. Si advertieseis que distingue á alguno de los jóvenes que frecuenten la casa, mostraos indiferente y frio para con ella, pero sin herirla demasiado: si lo haceis con tino, conseguireis llamarla la atencion y atraerla; pero si os escedeis y la insultais, sereis odiado: la muger es muy susceptible y muy orgullosa, por lo que es necesario andarse con mucho tiento en los primeros obsequios. Estoy segurísimo, señor,

que si seguís al pié de la letra mis consejos conseguireis muy en breve interesarla.

—Sí, mi buen Reduan: los seguiré sin separarme un ápice. Eres un perro viejo en esas cosas, Reduan: mereces el título de profesor en el arte de hacerse amar: como eres médico, entiendes á las mil maravillas las medicinas que se deben aplicar al alma, así como al cuerpo.

—Soy tan mal médico, señor, como obsequiador de damas: tan mal entiendo lo uno como lo otro.

—Pues no lo creo yo así, si he de juzgar por las curas que has hecho, y por la precedente leccioncita que acabas de darme sobre el arte de hacerse amar: leccioncita que me hará dueño sin remedio de la bella Abigail.

—Así sea, señor.

—¡Y vaya si será! tus consejos son hijos de la experiencia, y espero salir tan buen discípulo como tu eres consejero. Ea, pues, retírate y déjame que yo aquí en silencio y solo desmenuce y saboree mis ilusiones. Adios, mi buen Reduan, adios.

—Reduan le besó la mano, hizo una profunda reverencia y salió.....



### CAPÍTULO III.



RA de noche: á los diez y seis dias de estos últimos acontecimientos dirijianse un jóven y un anciano con paso acelerado hácia uno de los barrios mas solitarios de la populosa y rica ciudad de Sevilla. Despues de una media hora de marcha tortuosa y al parecer indecisa, se pararon frente á la puerta de una casa de aspecto miserable, si hemos de juzgar por las humildes y ruinosas apariencias exteriores. Dos golpes dados en dicha puerta por el anciano con el cincelado puño de su cimitarra, hicieron que aquella fuese abierta despues de unos instantes por un hombre encorvado ya bajo el peso fatal de una docena de lustros. Poquísimas palabras fueron cambiadas por éste y el anciano que acompañaba al jóven; todos tres desaparecieron bajo el arco carcomido y resquebrajado de la puerta; por lo que nos vemos precisados á seguirlos hasta las habitaciones interiores.

En una de estas, y justamente en la que penetraron nuestros tres personages, se hallaban tres jóvenes pere-

grinamente bellas entonando al compas de sus agujas una cancion semireligiosa, la aparicion de los forasteros interrumpió su triste melodía y todas tres salieron á una pequeña seña del anciano que abriera la puerta. Nuestros lectores habrán ya sin duda alguna conocido el terreno en que se hallan y á las personas que en él se han encontrado; sin embargo, no está demas que manifestemos que este edificio, que lo hemos visto otras veces, y sus dueños han sido hasta aquí los principales actores de nuestra desaliñada y pobre novela: en una palabra, nos hallamos en casa del cristiano aragonés ó del moro Aliatar.

Ahora nos resta nombrar á los dos personajes que hemos visto en la calle y que se hallan en compañía del viejo aragonés. El mas jóven de ellos es el caballero Albayaldos que, alentado por el amor que profesaba á la hermosa Abigail ó Julia, pues con estos dos nombres la conocemos, venia á poner en obra lo que tenían proyectado él y su doctor Reduan: el otro personaje ya se deja adivinar que es este, el que, en calidad de amigo del aragonés, venia á introducir en la casa á su amo y señor.

— Podeis hablar, caballero Reduan; dijo el viejo aragonés al quedarse solo con los dos forasteros: ¿en qué puedo seros útil?

— ¿No seremos sorprendidos de nadie, Aliatar?

— De nadie. Las personas que me visitan son todas de confianza.

— Pues bien, oidme y os revelaré un secreto de grande importancia. Este jóven que aquí veis es cristiano y natural de Murcia: hace cosa de cinco años que fué cautivo por Alabez, alcaide de Vélez el Rubio, y regalado entre otros cautivos al capitán general de la gente de armas de la ciudad y corte del reino de Granada. Allí ha residido hasta hace unos dias que vino á esta ciudad con un jóven moro hijo del dicho capitán general que viene á visitar á los parientes

que aquí tiene: lo he conocido por una feliz casualidad, y valiéndome de la antigua amistad que su padre y yo nos profesamos, le he pedido me ceda á este jóven, lo que me ha sido al instante concedido. No tengo, mi generoso Aliatar, casa de confianza donde hospedarlo mas que aquí en vuestra compañía, donde espero le asistais como á un pobre muchacho que á los diez y seis años fué hecho cautivo, y que necesita una persona de carácter y de una cristiandad á toda prueba que le instruya y le guie; y como vos teneis ambas cosas, le instruireis en las sublimes máximas de nuestra religion por si acaso las hubiese olvidado entre las penas del cautiverio. Yo os pasaré un tanto todos los meses por su asistencia y manutencion, pues de vestidos, libros y demas cosas que necesite yo cuidaré de proveerlo. Quedo contento con dejarlo en vuestra casa, y espero me lo devolveteis digno de mí y de vos. Adios, pues, mi amigo Aliatar, velo por vos y por los vuestros con la misma asiduidad de siempre y que jamás se ha desmentido. Adios, hijo mio, dijo dirigiéndose al jóven besándole en la frente; reconoced á este venerable anciano por vuestro segundo padre; obedecedle en todo; amadle y respetadle y me tendreis contento. Ea, pues, amigos míos, el cielo os guarde y hasta mas ver. Reduan tendió la mano al anciano, besó al jóven otra vez, dejó un bolsillo y un papel sobre una silla y desapareció.

El anciano aragonés y el jóven se quedaron solos. Era materialmente imposible que el anciano reconociese bajo tan humilde vestido, tan pálido y cubierto de bozo su bello rostro, al caballero rico y poderoso que dias antes hiriera en su palacio. Con respecto á Julia ó Abigail era imposible tambien que lo conociera, puesto que rara vez lo habia visto. Bajo este supuesto, el jóven moro se encontraba para seguir adelante con su farsa en una libertad completa.

—¿Y cómo os llamis? preguntó el anciano al jóven.

- Jacinto, señor.
- ¿Y sois natural del mismo Murcia?
- No señor; soy de Mula.
- ¿Conoceis à vuestros padres?
- Si señor.
- ¿Viven?
- Creo que sí.
- ¿No habeis tenido de ellos noticia alguna, desde el dia en que os hicieron cautivo.
- Ninguna.
- ¿Cuántos años contais?
- Veinte.
- ¿Y llevais fuera de vuestro país?
- Cerca de cinco.
- ¿Teneis hermanos?
- Tengo tres.
- ¿Varones?
- Todos soldados.
- ¿Hay alguno menor que vos?
- No señor; soy yo el mas pequeño.
- ¿Y dónde os hicieron cautivo?
- En los alrededores de Elche.
- ¿Solo?
- Con varios jóvenes de mi edad.
- ¿Y os han hecho dura la esclavitud?
- Demasiado.
- Ya se os conoce. ¿Y jurais ser fiel à nuestra santa religion y preferir la muerte à la apostasía.
- Lo juro.
- Está bien. Ahora escuchadme: aquí estareis como en vuestra casa, siempre y cuando sepais haceros digno de mi aprecio: en mí encontrareis otro padre, y en mis hijas, pues tengo tres, otros hermanos; no tendreis mas amigos que los que yo os designe, pues es preciso que sepais que debemos guardar el mas riguroso sigilo acerca de nuestras creencias, y que la menor indiscrecion puede à todos perdernos; à la calle sal-

dreis siempre en mi compañía ó en la de vuestro buen protector Reduan: con mis hijas os portareis como hombre honrado, buen cristiano y hermano, y espero que en nada de lo que acabo de deciros me faltareis, ¿habeis oido?

— Si señor; os he oido y todo lo cumpliré como deseais.

— Bien: desde ahora llamadme padre y yo os llamaré hijo.

— Como gustéis.

— Estamos conformes. Ahora conoced á vuestras hermanas.

El anciano se levantó de su asiento, se dirigió á la puerta y llamó á sus hijas. Entraron estas y nuestro jóven Jacinto buscó con sus hermosos ojos el peregrino rostro de Abigail.

— Aquí teneis, hijas mias, dijo el anciano, señalando al jóven, á un pobre cristiano, natural de la provincia de Murcia y cautivo que ha estado muchos años en Granada: me lo recomienda á mi cuidado nuestro buen amigo Reduan y yo lo tomo por hijo adoptivo. Tomadlo vosotras tambien por hermano, hijas mias, y en ello me dareis una nueva prueba de vuestro cariño. Es como veis casi un niño; se encuentra en país estraño, solo, sin parientes, y nosotros le serviremos de esto último; se llama Jacinto, y quedará desde ahora en nuestra casa hasta que otra cosa no dispongamos su protector y yo. Os dejo con él unos momentos, pues tengo que avistarme con el venerable Mahomad.

El anciano tomó el bolsillo y el papel que habia dejado Reduan sobre una silla: Leyó el contenido que encerraba el billete y sonriéndose lo guardó cuidadosamente en el bolsillo de su chalequillo: echó una afectuosa mirada de despedida al jóven y á sus hijas y salió.

— ¿Habeis estado muchos años cautivo? le preguntó Esperanza.

—Cerca de cinco años. Contestó el joven mirándola afectuosamente.

—¿Y os han tratado mal?

—Muy mal.

—Pues consolaos, amigo mio; que aquí trataremos de que lo olvideis todo.

—Gracias, hermanita mia; os llamo así, pues no habreis olvidado que así lo quiere vuestro buen padre.

—Y nosotras tambien: añadió Julia.

El joven Jacinto la dirigió una espresiva mirada y una encantadora sonrisa.

—¿Y cuántos años teneis, hermano Jacinto? preguntó Julia con la mayor candidez.

—Veinte, mi bella hermanita.

—Entonces me llevais cinco.

—¿Eso es decir que teneis quince?

—Justo. ¿Y cuando pensais volver à vuestro país?

—Eso será conforme vayan presentándose las cosas: quizá sea pronto y quizá no llegue nunca.

—Eso no es contestar categóricamente, hermano mio. Estas palabras fueron acompañadas de una mirada inesplicable.

—Teneis razon, hermanita mia; pero, ¿cómo quereis que yo os conteste afirmativamente estando como estamos aquí semicautivos y espuestos à mil contingencias?

—Es cierto.

Con estas y otras preguntas parecidas y que por ser de poquísimo interés no las trazamos, comenzaron nuestros nuevos personajes à familiarizarse; particularmente el joven Jacinto y la bella Julia; ¿seria tal vez que la simpatía los hubiese unido recíprocamente y que à cada instante, à cada palabra los fuese estrechando mas y mas en el dulcísimo círculo de la palabra «amor»? no lo dudamos. ¡Se ven tantas uniones eternas concebidas en un instante! ¡la simpatía!... ¿hay alguien que pueda explicar lo que es esta palabra?... esta pa-

— 53 —

labra que existe hasta para dos personas de un mismo sexo. ¿Cuántas veces vemos á un sujeto por vez primera y desde aquel momento le tomamos una afeccion, un cariño, una cosa que no podemos explicar, pero que nos impele hacia aquel hombre? pues si esto nos sucede con un individuo de nuestro sexo ¿qué no nos sucederá con una bella muger? ¡Ah! que cosa tan hermosa es la simpatía! sí, hermosa; porque si conforme se prodiga poco, fuese endémica, en general viviriamos todos felices, porque entonces no habria enemistad entre hombres y mugeres. ¡Qué hermosura!!...



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

## CAPÍTULO IV.



UESTRO jóven Jacinto llevaba ya siete meses en la casa del anciano aragonés y vamos à presentarlo próximo á concluir con el plan que él y el doctor Reduan se habian propuesto al introducirse el jóven en la casa.

El anciano aragonés aunque hombre de bien à carta cabal y poco malicioso por naturaleza, notó sin embargo con esa perspicacia y doble vista, digámoslo así, con que la Providencia dota à los padres de familia, que el jóven Jacinto y su hija Julia se amaban. Aparentando, pues, la mayor indiferencia, se propuso observar à los jóvenes, y à fuerza de tiempo y perseverancia concluyó por convencerse completamente que sus figuraciones salian ciertas. Se hallaba el pobre anciano à causa de semejante descubrimiento, en un estado de desconsuelo atroz, cuando llegó à la casa el doctor Reduan: apenas el aragonés lo vió salió à su encuentro, y cayéndosele dos gruesas lágrimas de sus arrugados párpados, le dijo:

—Reduan, es preciso que esto concluya.

El doctor se figuró poco más ó menos lo que el anciano le quería dar à entender y con acento por demas cariñoso le contestó:

—Cuando gusteis, Aliatar. Ya sabeis que yo me intereso por todo lo que os toca de cerca, y por consiguiente, explicaos y concluiremos; ¿qué es lo que pasa?

—Lo que pasa, Reduan, es, que vuestro protegido me tiene muy disgustado: hace ya algun tiempo que os dije que os lo lleváseis á otra parte, que en mi casa no podia estar, y no habeis hecho caso, y... hoy, ¡quiera Dios que no sea demasiado tarde..!

—Pero, ¿qué es lo que ha sucedido para que tan alarmado esteis?

—¿Que, qué ha sucedido me preguntais? extraño mucho, Reduan, las hecheis ahora de inocente; ¿no os he dicho millares de veces que vuestro protegido abusaba de mi bondad y del cariño que le profesaba? no os he dicho el mismo número de veces que él y mi hija Julia se amaban? y no os he dicho, en fin, que yo no quería que esto sucediese?

—Y bien, le interrumpió Reduan; ¿qué os habeis figurado que se amaban! ¿y qué mal puede resultar de ello? no son jóvenes, españoles ambos y solteros? qué teneis pues que temer?

—Nada: mas, me ha indignado el haber abusado así tan traidoramente de mi confianza. ¿Si vuestro protegido quería à mi hija, por que no os lo ha dicho para que vos á su vez me lo hubiérais dicho à mí? eso hacen, Reduan, las personas honradas; las que no lo son, se producen como él se ha producido.

—¿Y si yo os dijera que Jacinto me ha hablado de ello con el mayor empeño y que yo pensaba muy en breve hablaros tambien?

—¿Y por qué no lo habeis hecho? por qué habeis esperado à que la cosa tomara tanto incremento?

—Por que lo que yo esperaba y deseaba à la vez era, que ellos se amasen; y puesto que ya se aman

por lo que me decís, no tengo inconveniente alguno en deciros que, si lo quereis por yerno, lo será, y no tendreis despues ¡vive Dios! porqué arrepentiros. El es rico; jóven, buen mozo y noble; por consiguiente ¿qué mas quereis?

—¿Qué decís Reduan! ¿acaso habeis ocultado?...

—Os hemos ocultado lo preciso; nada mas que lo preciso, amigo Aliatar. Nos hubiera sido de todo punto imposible el enlazar à esos jóvenes sino nos hubiéramos disfrazado.

—Pero, en fin, ¿quién es vuestro protegido y quién sois vos? Acabad.

—Ya sabeis quien soy yo. Un árabe que abjuró sus errores hace ya mucho tiempo, y profesa como vos el cristianismo. En cuanto à mi protegido como vos le llamais, no puedo decir otro tanto.

—¿Qué es lo que oigo! acaso? ..

—Ese jóven que conoceis con el nombre de Jacinto es árabe puro y pariente del califa de esta ciudad.

El anciano aragonés apretó los puños: abrió sus ojos de un modo desmesurado; contrajo sus labios y estuvo para caer sobre Reduan. Este comprendió perfectamente la intencion del anciano y levantando la mano en actitud de que esperara, y con sonrisa y mirar benévolo, prosiguió:

—Y tan bello como le veis, y tanto como le habeis llegado á amar; no podreis nunca recordar sino os lo digo, en donde antes de ahora le habeis visto y hablado.

—¿En dónde, cómo; cuándo? respondió.

—Jacinto es el caballero moro que un dia heristeis en el palacio de la plaza Yacub-Sufuf.

Un rayo que hubiera caido del cielo en aquel momento, y hubiera girado en derredor de la cabeza del aragonés, no le habria hecho tanta sensacion como las palabras últimas de Reduan: con un brusco movimiento se llevó la mano à la cintura como buscando su daga; el árabe le interrumpió en su movimiento.

—No os altereis, mi buen Aliatar, y me lisongo de que nos entenderemos. Mi amo y señor, pues el jóven Jacinto lo es, se enamoró ciegamente de vuestra hija Abigail ó Julia, y ya sabéis la primera parte de sus amores, es decir, la escena que tuvísteis con mi amo en su palacio: curado por mí de las heridas que le hicísteis, proyectamos él y yo, valiéndonos del conocimiento y amistad que con vos me une, que disfrazado de cristiano lo presentaria en vuestra casa y lo pondria à vuestro cuidado, como así ha sucedido. Vos le habeis tenido por tal, y para que no quedeis burlado en vuestra creencia, està mi amo resuelto, todo por el amor que profesa à vuestra hija, y para que sea posible su union, á abjurar de sus errores y abrazar la religion cristiana. Que se aman y que ya no seria muy fácil separarlos es indudable; así pues, amigo Aliatar, permitid esta union que os hace completamente feliz, logrando por tal medio la conversion al cristianismo de un personaje tan importante; ¿qué decís?

El anciano escuchaba à Reduan con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados sobre el mismo: despues de unos instantes de silencio levantó su venerable cabeza y dijo:

—Reduan; veámonos con Jacinto.

En el único patio que la casa tenia hallábase sentada sobre el brocal de un pozo y á la sombra de un verde y trasparente toldo formado por una frondosa parra, la hermosa y seductora Julia. A sus piés, sentado como un verdadero musulman, estaba el interesante jóven Jacinto.

—Ya sabes demasiado, mi Julia encantadora, que solo vivo por tí y para tí, ¿qué me importa el mundo sin tu amor? ¡te quiero tanto!...

—Jacinto, siempre te oigo las mismas palabras; pero sin embargo...

—No me crees ¿no es cierto Julia? la interrumpió vivamente el jóven. Escucha, Julia: duda de tu existencia, de tu alma, de la luz del dia cuando el sol

está en su zenit, pero, Julia mía, no dudes ni un instante de mi puro y tierno amor; por que nota bien estas palabras, jamás muger en el mundo fué amada por un hombre cual tú lo eres por mí.

—Jacinto, dijo la bella enternecida por las palabras entusiastas del jóven; sabes que yo tambien te correspondo, pero ¿por qué no te descubres à mi padre?

—¿Por qué, Julia? perdóname; pero dudo de tu amor. Al pronunciar el jóven estas palabras su mirada se fijó como al descuido en el semblante de su amada.

—¿Qué dices, Jacinto? te merezco acaso tan pequeña confianza? dime; ¿qué motivo tienes para expresarte de ese modo?

—Qué, que motivo tengo, me preguntas Julia? han pronunciado alguna vez tus labios la palabra «Te amo»?

—¿Qué incredulidad tan perdonable! exclamó la jóven levantando al mismo tiempo sus hermosos ojos negros al cielo. ¿Qué no te amo? y mis acciones, mis palabras, mis miradas ¿nada te han dicho?

—¡Ah! Julia encantadora, perdóname; he sido un imbécil, un estúpido, un idiota, lo que tú quieras: pero el amor es tan exigente.....

—Sí, lo és. Pero tambien es muy perspicaz, y....

—Hoy hemos de quedar dentro ó fuera. Estas palabras pronunciadas por el anciano en un tono àcre, anonadaron à los dos amantes que no esperaban en verdad semejante interrupcion. Reduan tomó la palabra en seguida.

—Mi amo y señor, dijo cruzando los brazos y dirigiéndose al jóven Jacinto, este buen anciano desea hablaros à solas, así pues si consentís tened la bondad de seguirle à las habitaciones interiores: vuestro siervo os sigue tambien si le dais permiso.

—Mi buen Reduan, contestó el jóven con una actitud señorial y elegante; ansiaba ya tener algunas esplicaciones con este virtuoso y honrado caballero: segun las órdenes que te tenia dadas conozco que ya han me-

diado algunas palabras sobre el asunto que tanto sabes me interesa, y en este mismo momento quiero que quede todo concluido. Cuando gustéis, dijo, el jóven al anciano tendiendo la mano en accion de salir.

—Ahora mismo, contestó el anciano: y este, Reduan y el jóven desaparecieron dejando à Julia sentada en el sitio en que la encontramos, pàlida é inmóvil como una estàtua.

Al hallarse nuestros tres personajes en la sala tomaron asiento, y el anciano aragonés tomó la palabra.

—Me habeis engañado miserablemente, caballero. Vuestra conducta en esta ocasion ha sido por demas reprehensible.

—Es cierto. Conozco que os he engañado: conozco que mi conducta, como decís, ha sido reprehensible; pero si así no hubiera sido ¿cómo me habia de unir con vuestra hija à quién sabeis el inmenso amor que la profeso? ¡Ah! caballero; sabia, pues pruebas me disteis de ello el dia que me heristeis en mi palacio, que vuestra hija Julia nunca seria mia, sino me valia de un ardid semejante. Renunciar al amor de vuestra hija me era de todo punto imposible: así pues proyecté introducirme en vuestra casa con el carácter que lo he hecho; no para burlarme de vos y engañaros impunemente, no caballero, no: mi nobleza, mis principios, mi cortesanía me dictaban portarme como lo que soy, ¡un caballero!; y por lo tanto, estoy pronto à abjurar de mis errores y abrazar el cristianismo; quiero ser digno del amor de Julia y del afecto verdadero que mas de una vez me habeis manifestado. Mi servidumbre es toda esclava y à la menor seña mia será tambien cristiana y libre como yo. Decidme, padre mio, ¿me negareis vuestro cariño y la mano de Julia? de Julia que es mi vida, mi salvacion, mi todo? ... El jóven se prosternó ante el anciano y le abrazó las rodillas: este le tendió los brazos con los ojos arrasados de làgrimas y exclamó:

—Jacinto! ven, ven à mis brazos. Eres digno de ser hijo mio, y lo serás. Quiero que el nombre que lleves